



| UNR

U.N.R.

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final (T.I.F.)

(Ensayo)

“La in-soportable soledad humana”

Autor: *Mateo Emiliano Chiaraluce*

Legajo: *C-5192/6*

Docente responsable: *Ps. Jaime Fernández Miranda*

-2018-

Índice

Resumen.....	1
Palabras clave.....	1
¿Qué se entiende cuando se habla de soledad?.....	2
La soledad en el universo “Psi.”.....	2
La función materna: en el encuentro-desencuentro, la soledad.....	5
¿Estaba o no estaba sola? Una pregunta por el autismo.....	8
Para invitar a seguir pensando y repensando la soledad.....	11
Referencias bibliográficas.....	16

Resumen

Aprovechando la ocasión que me brinda la necesidad de escribir mi Trabajo Integrador Final (T.I.F.) para culminar la carrera de grado de Psicología, intentaré continuar problematizando y repensando un concepto que trabajé a raíz de un seminario de pre-grado. Se trata del concepto de *soledad*, al que considero de relevancia, como futuro profesional del campo de la salud mental, para la comprensión de la subjetividad humana.

El objetivo que persigue el presente ensayo es fundamentalmente, partiendo de la ambigüedad y la multiplicidad de usos que envuelven al concepto de soledad, sortear el sesgo patológico que prevalece al pensarse en la misma y hallar los modos en que se articula con la subjetividad humana. Para esto retomaré los planteos de Melanie Klein acerca del sentimiento de soledad y lo desarrollado por Donald Winnicott en relación a la capacidad para estar solo, deteniéndome en la importancia de la función materna para la consolidación de la soledad en el ser humano.

Tomando como sustento estos desarrollos teóricos buscaré problematizar la cristalizada unión de este concepto con el autismo, permitiendo así desmarcarlo de lo patológico y sostener la ambigüedad y complejidad que entraña.

Palabras clave

Soledad – Sentimiento de soledad – Capacidad para estar solo – Función materna – Autismo.

¿Qué se entiende cuando se habla de soledad?

Si nos detenemos por unos instantes en las representaciones que se movilizan frente a la idea de la soledad, no es difícil caer en cierta visión negativa de la misma. El estar solo se nos presenta así como un estado indeseable que habría que evitar, depositario de temores, angustias y tristezas. En concordancia con esto, las primeras tres acepciones del término de acuerdo a la Real Academia española (2014) son representativas de estas maneras de concebir la experiencia del estar solo, “**soledad**, Del lat. solītas, -ātis. **1.** f. Carencia voluntaria o involuntaria de compañía. **2.** f. Lugar desierto o tierra no habitada. **3.** f. Pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguien o de algo.”

Ahora bien, en el discurso cotidiano y en el sentido común también es posible encontrar ideas más favorables sobre la soledad. Una expresión tan habitual como 'necesito estar solo' o el conocido refrán 'más vale solo que mal acompañado', nos permiten pensar en una soledad que operaría como resguardo. Ya no se trataría de ese estado temible y angustioso del que hay que protegerse, sino antes bien de un estado a buscar para alcanzar alivio, tranquilidad, refugio, o más sencillamente bienestar.

Teniendo en cuenta las representaciones contrapuestas que envuelven al concepto, ¿qué podemos pensar partiendo de esta ambigüedad? ¿Cómo se entrama la soledad con la subjetividad humana? ¿Por qué puede ser desierto sin vida y a la vez refugio?

La soledad en el universo “Psi.”

Aunque se trata de un concepto de cierta contundencia y gran arraigo a nivel discursivo, resulta interesante que no haya sido tan elaborado como otros en el campo que podríamos llamar “Psi.”, es decir aquel que engloba las distintas disciplinas que tienen que ver con la salud mental. En donde sí ocupa un lugar destacado es en la Literatura. Tal vez el costado más romántico y ampuloso del concepto de soledad llevó a los psicólogos, psicoanalistas y psiquiatras a cierto descuido del mismo, descuido en el que no cayeron los poetas al construir sus obras. Lo cierto es que luego de haber cursado los seis años de la carrera de Psicología fueron pocas las veces que me encontré con el término en la bibliografía de las asignaturas, y menos aún con textos que propusieran alguna reflexión específica acerca del mismo.

A pesar de ello, ha quedado resonando en mí el concepto desde el momento en que lo leí en la obra *Psiquiatría infantil* del afamado psiquiatra austríaco Leo Kanner, quien cobró trascendencia al construir en el año 1943 la categoría de *autismo infantil precoz* para dar cuenta de un cuadro clínico que se le hacía presente entre sus pacientes y que escapaba a las categorías nosográficas tradicionales. En el libro mencionado, Kanner (1972) describe los signos o síntomas patognomónicos del autismo infantil precoz, y entre ellos señala: “Las historias clínicas indican que hay invariablemente desde un comienzo una extrema inclinación a la soledad autista, alejando todo lo externo que se acerca al niño” (p.738. El subrayado es mío). La soledad, calificada en este caso de 'autista', queda reducida a ser indicio de lo patológico, aquello que hace mella en la salud.

A su vez me parece importante destacar que cuando se habla de autismo en psicopatología se hace alusión a una de las problemáticas de la subjetividad consideradas como más 'severas', por lo que decididamente la soledad quedaría ubicada del lado de lo negativo, en la idea del estado a evitar, lindante con lo patológico. Volveré más adelante a la interesante cuestión del autismo y la soledad para abrir algunos interrogantes en relación a estos señalamientos de Kanner, pero antes quisiera detenerme en otras consideraciones que dentro del Psicoanálisis algunos autores realizaron acerca de la soledad, sin pretender ser

exhaustivo, sino tan sólo puntualizar algunas ideas.

Despertó aún más mi interés por escribir acerca de este tema descubrir que el último artículo de Melanie Klein (publicado póstumamente en el año 1963) lleva por título *Sobre el sentimiento de soledad*. El hecho de que una exponente y referencia ineludible del psicoanálisis de la talla de Melanie Klein escribiera acerca de la soledad en los últimos tiempos de su vida me reafirmó en la importancia que tiene la misma para la comprensión de la subjetividad humana. En este escrito si bien vincula el sentimiento de soledad con algunos aspectos psicopatológicos y señala que en ciertos cuadros clínicos se intensifica, por lo que se hace necesario defenderse del mismo, por debajo Klein desliza la idea de que a la soledad y al sentimiento de soledad es imposible escaparle, en tanto formarían parte de la condición humana como tal. Señala Klein (2015):

Por sentimiento de soledad no me refiero a la situación objetiva de verse privado de compañía externa, sino a la sensación intensa de soledad, a la sensación de estar solo sean cuales fueren las circunstancias externas (...) Este tipo de soledad, que todos experimentamos en cierta medida, proviene de ansiedades paranoides y depresivas, las cuales son derivados de las ansiedades psicóticas del bebé. Tales ansiedades existen, en algún grado, en todo individuo, pero son excesivamente intensas en el individuo enfermo; por consiguiente la soledad forma parte también de la enfermedad. (p.306)

Estos desarrollos de Melanie Klein permiten establecer en primer lugar cierta universalidad en relación a la soledad. El sentirse solo sería entonces una experiencia por la que todos, como seres humanos, hemos de pasar. Y por otro lado pone de manifiesto que esta experiencia no sería siempre igual, no sería vivida de la misma manera por todos. Algo del orden de lo singular tiñe y define las maneras de cada quien de vivir su soledad, de afrontar su sentimiento de soledad.

Para poder situar el origen de este sentimiento, Klein se detiene en la temprana relación que se establece entre el cachorro humano y la madre y sostiene que a partir de ella aparecen las ansiedades persecutorias que darían lugar a la soledad. Sin pretender adentrarme en los pormenores de este vínculo tal y como los entiende la analista mencionada, me gustaría rescatar una idea que plantea en relación al estrecho contacto entre los inconscientes de la madre y del niño en tiempos 'pre-verbales', según la cual esta ligazón inconsciente única daría lugar en el pequeño sujeto a la más plena experiencia de ser comprendido. El desarrollo del infante llevaría, según Klein (2015), a una ruptura de esta situación que, sin embargo, subsistiría en un anhelo insatisfecho de comprensión sin palabras, anhelo que contribuiría a la formación del sentimiento de soledad que existe en todo ser humano. Considero pertinente rescatar estos señalamientos en tanto la posibilidad de pensar a la soledad en relación a la incompreensión puede dar lugar a lecturas fecundas en el terreno de la salud mental.

Por otra parte, mientras cursaba el seminario de pre-grado *La clínica psicoanalítica con niños en el abordaje del autismo y las psicosis infantiles*, hallé en el material bibliográfico un texto de Donald Woods Winnicott, pediatra y psicoanalista inglés, discípulo de Melanie Klein, que llevaba por título *La capacidad para estar solo*, el cual despertó mi interés. La idea de que para estar solo hace falta algo, un cierto trabajo previo, cierto pasaje anterior, me pareció a la vez reveladora y compleja. ¿Qué implica ser 'capaz de estar solo'? ¿Cómo se construye dicha capacidad? ¿Habría quienes no lograrían estar solos al modo en que Winnicott lo entiende? ¿De qué soledad se trata? La soledad entonces, más allá del sentimiento, se nos presenta desde esta óptica como una aptitud que se puede alcanzar, una conquista.

La lectura de este texto, perteneciente al libro *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, en su momento me definió en el tema acerca del cual versaría la monografía del seminario, puesto que me permitió detectar ese costado más esquivo del

concepto de soledad, el costado 'salutífero'. Allí Winnicott (1993) luego de señalar que esta capacidad es un signo de madurez importante en el desarrollo del infante, plantea que son muchas las experiencias que posibilitan la aparición de la misma, sin embargo resalta una como básica, una experiencia de la soledad de corte paradójico: el estar solo en presencia de alguien, alguien que no le es indiferente al pequeño sujeto. Se trata de la presencia materna, de la madre o de quien esté en posición de cumplir dicha función. Winnicott (1993) no se detiene en esto sino que precisa la naturaleza del vínculo que se establece entre ambos, en sus propias palabras:

Esto implica un tipo especial de relación, la relación entre el infante o niño pequeño que está solo, y la madre o sustituto materno que se encuentra confiablemente presente, aunque quizá representada en ese momento por la cuna, el cochecito o la atmósfera general del ambiente inmediato. (p.38, el subrayado es mío)

El modo de 'estar con el niño' de la madre según refiere Winnicott es el de una disponibilidad sin exigencias, sin intromisiones; sin embargo y a partir de estos señalamientos es posible inferir que no alcanza con la simple presencia maternal, algo del orden de la confianza debe instaurarse entre ambos, posibilitando así al mismo tiempo la creencia en un ambiente benigno y la posterior introyección de la madre que, por lo tanto, ya no necesitará estar presente para el sujeto, ni siquiera a través de un símbolo.

Adentrándonos en la visión acerca de la soledad que se desprende de los planteos winnicottianos, me parece importante destacar la escisión que propone el analista inglés entre la soledad que es fruto de la capacidad para estar solo y el retraimiento; distinción que puede resultar de cierto peso en la clínica. Alejándola de lo 'patológico', ubica en la soledad la posibilidad que tiene el infante de encontrarse con su impulso personal y descubrir su propia vida.

Profundizando sus enunciaciones, Winnicott (1993) señala que estando solo el niño alcanza un estado asimilable al de la relajación en el adulto, con el disfrute que éste entraña. Con estas precisiones a la vista, es posible incluso pensar en la capacidad para estar solo como un claro indicador de 'salud mental' que da lugar en el sujeto a un espacio para la experiencia personal y la creatividad. Ya no se trataría entonces de ese sentimiento temible del cual habría que defenderse, del sentimiento que Klein enseña a reconocer como intrínseco al ser humano; gracias a los desarrollos de Winnicott podemos pensar también en una *soledad habilitante*, posibilitadora, fecunda.

En este punto entiendo que tal vez se pueda trazar con más precisión la distinción con el retraimiento, en el cual el propósito último estaría dado por el volverse sobre sí mismo, sosteniendo un alejamiento del otro, un rechazo a la presencia del otro, un rechazo al otro. En contraposición, y como Winnicott (1993) indica "el estar solo es algo que, aunque paradójicamente, presupone que hay alguien más presente" (p.43, el subrayado es mío). Distintos posicionamientos frente al otro y distintos modos de situarse en el retraimiento y en la soledad.

Por otra parte resulta interesante que ambos desarrollos teóricos, tanto el kleiniano como el winnicottiano, aunque se presenten muy disímiles entre sí, confluyan en resaltar la importancia del primordial vínculo entre el infante y quien desempeña la función materna. Los modos de afrontar la soledad, los modos de vivir la propia soledad de cada quien nos develan un vínculo anterior, único, complejo y paradójico. ¿De qué manera se construye este encuentro-desencuentro con el otro/Otro? ¿Qué se pone en juego? ¿Qué sucede en estos tiempos primigenios en la vida del sujeto? ¿Cómo se entrama esta relación con la soledad? Se vuelve entonces imperioso dar un rodeo partiendo de estos interrogantes sobre la función materna para luego continuar repensando la soledad.

La función materna: en el encuentro-desencuentro, la soledad

Un gran logro del Psicoanálisis ha sido, sin lugar a dudas, el estudio sin tapujos ni distorsiones (sean estas morales o ideológicas) de la infancia. A la luz del descubrimiento del inconsciente ha propiciado una indagación seria y comprometida que llevó a colocar a la vida infantil en el primer plano. Ya Sigmund Freud (1991) en su capital obra *La interpretación de los sueños* destaca con sagacidad el trascendental momento de inermidad en el que el cachorro humano necesita y se encuentra con los cuidados del otro en la primera vivencia de satisfacción. Utilizando esta experiencia (que puede incluso pensarse como mítica) de la vida infantil, da cuenta del funcionamiento 'regresivo' del psiquismo humano, echa luz acerca de la naturaleza del deseo y pone a trabajar el dibujo del aparato psíquico (conocido como la primera tópica) anticipando e indicando así el lugar central de 'lo infantil' para pensar la subjetividad humana en Psicoanálisis. A partir de estos desarrollos Freud nos permite atisbar la importancia que reviste el estudio de la función materna, tarea en la que muchos analistas se detuvieron.

En el seminario de pre-grado nos acercamos a esta cuestión conjugando dos visiones distintas acerca de la función materna. Por un lado la que es posible formar a partir de ciertas puntualizaciones del psiquiatra y psicoanalista francés Jacques Lacan y, por otro lado, la que expone mucho más pormenorizadamente Donald Winnicott. A pesar de sus evidentes diferencias, aunando ambas construimos una posible versión de la función materna, intentando contemplar los distintos aspectos que se juegan en esta temprana relación humana.

Adentrándonos en primer lugar en el modelo lacaniano, me parece relevante señalar que el mismo parte de una concepción de sujeto bien delimitada que tal vez nos posibilite comprender con más claridad su modo de pensar la función materna. En *El seminario 4, La relación de objeto*, Lacan (1994) precisa "En el sujeto encontramos siempre la evocación de la marca de todas las discordancias verdaderamente fundamentales que han podido producirse" (p.65). Casi a modo de aviso, en estas líneas Lacan nos prepara para encontrarnos con las 'discordancias' que se inscribirán en el sujeto y que signarán su vida y sus desencuentros con el Otro y los otros.

En esta clase del *Seminario 4*, que lleva por nombre *La dialéctica de la frustración*, Lacan (1994) señala la importancia que reviste el par 'presencia-ausencia', una de las primeras articulaciones que logra el pequeño niño en sus relaciones con el agente de la frustración materno dentro del registro de la llamada. En este estar y no estar de la madre, el más y el menos, la escansión presencia-ausencia, se pone en juego algo del orden de lo que Lacan conceptualiza como lo simbólico; la madre como símbolo de la frustración y a la vez como dadora del objeto real de la satisfacción. Hasta ahí las cosas parecerían marchar demasiado bien, daría la impresión casi de que se establecería allí cierto ritmo, cierta cadencia apaciguante para el infante. Sin embargo en ese punto Lacan (1994) abre una pregunta y a la vez propone algunas respuestas:

¿Qué ocurre si el agente simbólico, el término esencial de la relación del niño con el objeto real, la madre en cuanto tal, no responde? ¿Si ya no responde a la llamada del sujeto? (...) Cae. Si antes estaba inscrita en la estructuración simbólica que hacía de ella un objeto presente-ausente en función de la llamada, ahora se convierte en real. (...) Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir se convierte en una potencia. (p.70)

Esta caída de la madre, prosigue Lacan (1994), propicia una doble inversión, de ser agente simbólico atravesada por el juego de la presencia y la ausencia, ella se convierte en real, a la vez que el objeto real de la satisfacción, que será dado o no en función del deseo

materno, se transformará en objeto de don, en objeto simbólico.

A partir de estos señalamientos podemos atisbar cómo la omnipotencia recae en la madre, mientras que el infante aparece como súbdito librado al capricho materno. Súbdito que a su vez deberá intentar colocarse en el lugar del objeto de deseo de su madre, en la jerga lacaniana, en el lugar del falo. Este desencuentro con el Otro, o mejor dicho este encuentro con lo que en el Otro resulta discordante, ajeno, será la nota fundamental de la función materna desde la óptica lacaniana. El reconocimiento de la madre como deseante y por ende del lugar del 'Deseo del Otro' en la constitución subjetiva del infante serán elementos de peso para entender este vínculo primigenio.

En contraposición con el sesgo anterior, Winnicott (2005) nos introduce en un modelo distinto de la función materna que aun así puede pensarse como paradójicamente complementario con la versión lacaniana; la idea de la 'madre suficientemente buena' se presenta en relación directa con cierta 'preocupación tranquila y tolerada' de ésta por su bebé. En Winnicott nos encontramos con la teorización precisa de un dato o fenómeno de la experiencia cotidiana, al menos de todos aquellos que hemos visto alguna vez el cuidado de una madre por su bebé. Se trata de la adaptación de ésta a las necesidades de su hijo; la entrega y las renunciaciones que debe afrontar en la tarea que implican los cuidados del cachorro humano. La omnipotencia pasa así al lado del infante y la madre se nos aparece como haciéndose objeto de los requerimientos del pequeño ser. En este punto vuelve a mi memoria la expresión que utiliza Freud (1992) en *Introducción del narcisismo* 'su majestad el bebé', para dar cuenta de cómo se juega el amor parental y el lugar en el cual es colocado el pequeño sujeto. Nuevamente vemos cómo el Psicoanálisis, y más aún el propio Freud, construyen su edificio teórico (en este caso en relación al narcisismo) a partir del estudio de la infancia y la temprana relación parental.

Volviendo al modelo winnicottiano de la función materna resulta pertinente señalar que, al igual que el lacaniano que, como quedó referido, le otorga un lugar central a la escansión presencia-ausencia, presenta dos conceptos centrales para entender este vínculo; estos son el de 'ilusión' y el de 'desilusión'. Desde ya considero importante aclarar que no son asimilables, pero aun así hay en ambos algo del orden de una oscilación y un cierto ir y venir, cierta dinámica particular que se instala. En el primer capítulo de su libro *Realidad y juego*, Winnicott (2005) nos da algunas precisiones acerca de ambos términos y sus modos de operar en los cuidados maternos, en sus propias palabras "Al comienzo, gracias a una adaptación de casi el 100 por ciento, la madre ofrece al bebé la oportunidad de crearse la ilusión de que su pecho es parte de él. Por así decirlo, parece encontrarse bajo su dominio mágico" (p.28). Y sobre la desilusión indica:

La tarea principal de la madre (aparte de ofrecer la oportunidad para una ilusión) consiste en desilusionarlo. (...) Si las cosas salen bien en ese proceso de desilusión gradual, queda preparado el escenario para las frustraciones que reunimos bajo la denominación de destete. (Winnicott, 2005, p.30)

La idea de la adaptación casi total de quien cumple la función materna a los requerimientos de su niño, a la vez que distancia a Winnicott de Lacan le aporta una especificidad propia a su visión que enriquece el concepto. Por el contrario el necesario proceso de desilusión gradual, posibilitador de la asimilación de las posteriores frustraciones, acerca la visión de ambos psicoanalistas y permite entender los modos en que se produce la diferenciación del infante con respecto al otro.

Por otro lado me parece importante destacar el empleo que hace Winnicott de ciertas categorías que entiendo, recupera para el campo psicoanalítico e invita a repensar tomando distancia de las concepciones tal vez más tradicionales de la Psicología. Entre ellas y ocupando un lugar central para referenciar a la función materna, encontramos los conceptos

de 'confianza' y 'empatía'. Ambos sobrevuelan la teorización que propone el analista inglés y le otorgan consistencia. Sólo en la medida en que el infante puede confiar en esa presencia maternal que llega a conocer con bastante exactitud sus necesidades y gustosamente las sacia, podemos pensar que el sujeto se allanará el camino para vivir con otros de manera separada y al mismo tiempo sin tomar sus relaciones el tinte de lo intrusivo, lográndolo siempre y cuando la función materna sea ejercida de una manera empática, para lo cual será necesario una identificación proyectiva de parte del personaje materno que le permita entender cómo se siente la criatura y así proporcionarle casi exactamente todo aquello que necesite (Winnicott, 1993). Uniendo ambos conceptos para dar una caracterización del ambiente que necesita el infante señala “es confiable, pero no mecánicamente confiable; es confiable de un modo que indica empatía de la madre” (Winnicott, 1993, p.63).

Entiendo que si bien ambas formulaciones acerca de la función materna, la lacaniana y la winnicottiana, podrían resultar irreconciliables en una lectura apresurada y poco integradora, logrando sobrepasar algunas de las diferencias más acentuadas que las distancian es posible llegar a pesquisar algo de la complejidad que entraña esta función fundante para el infante humano y las dificultades que asumir dicha posición conlleva para el sujeto adulto.

Ahora bien, habiendo ya desandado algunas ideas en torno a este vínculo primigenio es posible retomar el hilo conductor del trabajo, la soledad. Si hay algo que se desprende de lo antes señalado es que en el necesario momento de desencuentro, en el imprescindible fallo materno, el infante humano adquiere algo, obtiene una ganancia al delimitarse a sí mismo y descubrir al otro como separado de sí. La ruptura de esa totalidad ideal, la caída de la ilusión, le permite empezar a abrirse paso como sujeto diferenciado, con sensaciones, necesidades, ansiedades y requerimientos a los que atiende, cuando puede y cuando quiere, el otro. Cabe, en este sentido, resaltar la importancia de ubicar dos momentos, una ida y una vuelta, la oscilación permanente entre la presencia y la ausencia, la ilusión y la desilusión, el encuentro y el desencuentro. Será entonces en torno a estas polaridades como irá consolidándose la psiquis del infante permitiéndole comenzar a vivir de una manera singular y única su propia soledad.

Al considerar los señalamientos de Klein se vuelve posible pensar que quedarán, a partir de estas tempranas experiencias, asentadas las bases del sentirse solo, de ese sentimiento de soledad que acompaña al ser humano durante todo su tránsito por el mundo y que lo lleva a sentirse separado inconmensurablemente de los demás, alejado y distinto en relación a los otros, incluso incomprendido. Aún así, nos advierte la psicoanalista, existen matices, diferencias en los modos en que los sujetos se verán afectados por su sentimiento de soledad. En el otro extremo encontramos los desarrollos winnicottianos que destacan el logro que supone para el sujeto la posibilidad del disfrute de su soledad ¿Qué es lo que ha de primar en relación al otro para que el sentimiento de soledad se imponga en el sujeto y lo ahogue? Complejizando un poco más el panorama ¿por qué a veces es posible sentirse solo (inclusive en compañía) y otras veces es posible, y aún muy gratificante, estar solo?

A modo de hipótesis, me aventuro a señalar que tal vez la refinada capacidad para estar solo emerja precisamente en esa tensión dificultosa y única en la que vive el cachorro humano cuando se halla entre la ajenidad radical del deseo del otro y el vínculo confiado que logra establecer con ese mismo otro que por momentos logra adaptarse empáticamente casi de manera perfecta a sus necesidades. En esa tensión, me animaría a decir casi contradictoria, quizás radique una explicación posible de la paradoja de la que surge la capacidad para estar solo. Tal vez únicamente se logre estar solo y disfrutar de ese estado, tal y como Winnicott lo entiende, en la medida en que se pueda confiar en el otro, a sabiendas de que ese mismo otro al mismo tiempo me resulta profundamente ajeno.

En la capacidad para estar solo, y es por esto que se habla de paradoja, el otro cuenta. Incluso estando ausente (físicamente) se hace presente, se lo supone cercano,

distinto pero confiable. En contraposición, el sentimiento de soledad en su expresión más extrema, tal y como Klein nos lo presenta, condena al sujeto a sentirse alejado de los demás por un abismo, separado; habrá algo entonces que nunca llegará a ser comprendido y que conmoverá al sujeto, habrá un anhelo por algo que ya no existe y que en realidad nunca existió más que en el plano ilusorio y primigenio de esa relación única entre el infante y el adulto.

A partir de lo antedicho y tratando de reunir críticamente los desarrollos teóricos utilizados, podemos arribar con seguridad a una afirmación: el ser humano habrá de vérselas siempre con su soledad y con su sentimiento de soledad. Este encuentro-desencuentro con el otro traerá como saldo aparejada la soledad y el sentimiento que acarrea de separación, de diferencia, de distancia hacia los demás, como consecuencia necesaria de la propia subjetivación. Ahora bien esto no implica una condena en la angustia, o peor aún en la psicopatología, aunque tal vez sí nos enseñe a descubrir que lo llamado 'normal' y lo 'patológico' se confunden mucho más de lo que tendemos a creer. La soledad no será desesperante, angustiante, problemática per se. Winnicott nos enseña a reconocer lo que me gusta llamar una *soledad habilitante*, nos enseña a dar con ese costado más difícil de hallar de la soledad, que generalmente se tiende a no ver y que los usos del lenguaje tienden a borrar.

Me parece importante aclarar en este punto que no es pretensión de este ensayo hacer una apología de la soledad. Así como no considero acertado unir la soledad a lo psicopatológico, tampoco creo que sea mejor intentar detectar a los 'capaces' y a los 'incapaces' de estar solos atribuyéndoles a estos últimos algún tipo de dificultad o déficit. Pienso y apunto a que, partiendo de entender a la soledad como atravesando a la condición humana, podamos reconocer los modos en que cada sujeto vive su soledad o intenta hacer algo con ella, estableciendo matices, diferenciando a la soledad del retraimiento y siendo conscientes a su vez de que no es algo tan insólito estar solo y disfrutar (dentro del marco de lo que podríamos llamar 'salud mental') de esto.

En este punto se vuelve conveniente detenernos por unos instantes en la coagulada unión entre soledad y patología. ¿Qué vestigios hay de soledad en las psicopatologías? ¿Qué hay de psicopatológico en la soledad?

¿Estaba o no estaba sola? Una pregunta por el autismo

Voy a focalizarme para problematizar esta anquilosada y ya algo añeja unión en uno de los grandes 'cuadros psicopatológicos', el autismo. Tal vez una de las más graves problemáticas de la subjetividad humana que, en la actualidad, se encuentra fácilmente en boca de todos, de profesionales de la salud mental y legos por igual. No menor en relación a la finalidad de este ensayo resulta el percatarse del aumento desmedido y ciertamente alarmante de diagnósticos de autismo (en sus múltiples formas de denominación). Como el Psicoanálisis enseña, el valor de las palabras se torna trascendental cuando de la subjetividad humana se trata, más aún al momento de establecer diagnósticos que muchas veces definen el destino de los sujetos a los que se dirigen. Ya quedó referida anteriormente la temprana vinculación entre el autismo y la soledad de la mano de Leo Kanner. Sin embargo ahora, luego de haber ahondado y ampliado un poco la mirada acerca de la soledad, hemos venido a descubrir cierta universalidad en ella, cierta imbricación con lo humano como tal ¿Seguiremos entonces siendo proclives a ver siempre patología allí donde creamos encontrarnos con la soledad? ¿Ha persistido en el tiempo este matrimonio arreglado entre el autismo y el estar solo? ¿Habrá algún riesgo de patologizar conductas y modos de estar en la vida diaria si pervive el mismo?

Mientras me encontraba en el proceso de elaborar este ensayo, buscando material y

seleccionándolo, descubro fortuitamente un artículo en el suplemento *Rosario 12* que consistía básicamente en la intervención de Jean Claude Maleval, psicoanalista francés de orientación lacaniana muy reconocido por sus estudios de lo que ha dado en llamar la 'estructura autística', en el *Foro Internacional de Autismo y Política* en Barcelona. Lo que como no podía ser de otra manera más despertó mi curiosidad e interés fue el título que lleva el mencionado artículo: *Los que se construyen en soledad*. Para mí, que estaba interesado en el concepto y en sus usos, fue un accidente más que grato dar con este escrito que era la prueba viviente de que el matrimonio arreglado (como tantos otros poco felices) seguía en pie luego de tantos años. Una vez más la patología comiéndose al concepto. En uno de los pasajes del texto Maleval (2018) señala:

Siendo la cesión de los objetos pulsionales lo que comanda el enganche al Otro, lo que resulta es una propensión del autista a construirse en la soledad. Una consecuencia mayor se desprende de ello, la entrada del autista en el lenguaje no se efectúa a través del balbuceo, sino a partir de dos cuadros muy diferentes: la ecolalia y el grito. El sujeto del significante descubre a partir del balbuceo que el lenguaje puede expresar afectos, el dolor, la satisfacción, etc. y que sus llamados pueden suscitar la respuesta del Otro. Los autistas no hacen esa experiencia. Para ellos es muy común, y es tardíamente concebido que el lenguaje sirviese para comunicar y no para producir satisfacciones solitarias. (El subrayado es mío)

Y un poco después:

Cuando el niño autista aprende el lenguaje a través de la ecolalia o del grito, no hace la experiencia de su capacidad para interpretar el afecto. Los niños autistas subrayan el lazo de que están secretamente atrapados en una afectividad mutilada. Tienen sentimientos y sensaciones, pero que se desarrollaron en el aislamiento. No pueden verbalizarlas de manera normal. (Maleval, 2018, el subrayado es mío)

La versión que insiste en estos párrafos del discurso de Maleval es la que iguala la soledad al aislamiento y que vuelve a decirnos que los sujetos autistas serían solitarios. Si a todos los seres humanos nos aqueja en mayor o menor medida este mal universal que es la soledad ¿será cuestión entonces de pensar que en el sujeto autista golpea doblemente? ¿Lo asedia un recargado sentimiento de soledad? ¿Serán mucho más proclives que el resto a consolidarse como sujetos capaces de estar solos? ¿Cómo se las arregla el sujeto autista con su soledad? ¿Es la soledad la que le otorga su diagnóstico?

Por momentos pareciera que la soledad siempre se dice de los demás. Es uno quien ve al otro solo y así lo enuncia: 'él, el autista, está solo'. Sin embargo las teorizaciones de Klein y Winnicott nos permiten alejarnos de esa ingenua manera de entender a la soledad que la reduce a ser la carencia, la ausencia de compañía, y nos invitan a descubrir que cada quien hará con su soledad lo que pueda, siendo el propio sujeto el único capaz de dar cuenta de ella, de rendirse cuentas a sí mismo acerca de su soledad.

Si un sujeto puede encontrarse reunido con otros y sentirse solo y puede también estar alejado de los demás, en soledad, presuponiendo al otro y más aun disfrutando de ese estado, y si en las dos situaciones podemos estar hablando de que algo de la soledad se está poniendo en juego, tal vez sea conveniente no apresurarse a dictaminar acerca de la soledad del otro, a decretar que el otro está solo. ¿Podemos estar seguros de que una persona que se encuentra completamente aislada, alejada de los demás, apartada, se encuentra en soledad?

Una de las premisas fundamentales del Psicoanálisis es la que sostiene la existencia, más allá de la realidad material, de una realidad psíquica singular, pasar por alto la misma puede llevarnos a tener apreciaciones que quizás no se ajusten a la realidad del otro. No es lo mismo describir algo que uno observa que aventurarse a referir algo acerca del modo de

estar del otro, de la experiencia del otro. Pienso que, más allá de los usos en lo cotidiano que tienden a volverlo sinónimo de otros muy distintos, el concepto de soledad encierra una complejidad que lo distingue de otros como el aislamiento o el retraimiento. La ambigüedad señalada al inicio del ensayo da cuenta de las particularidades de la soledad, que más que enunciarse en relación a un otro, convendría decir que ha de vivirse o decirse acerca de uno mismo.

Un libro muy interesante para pensar y para conocer algo más de cerca lo que viven los sujetos que han recibido un diagnóstico de autismo es *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo*, un relato autobiográfico de la pintora, cantautora y escritora australiana Donna Williams, una 'autista recuperada', es decir una mujer que logró sobreponerse a las dificultades más marcadas del autismo y pudo entablar con 'el mundo' un vínculo sin quedar al margen, o peor aún, a merced de éste. Me gustaría entonces recuperar la palabra de esta autora para abrir interrogantes en la certeza cristalizada de la soledad autista.

Quiero aclarar, antes de pasar a las dos viñetas que recorté, que no es mi intención realizar afirmaciones categóricas acerca de 'lo que vive' el sujeto que sobrelleva un cuadro autístico. Simplemente busco abrir preguntas en torno a los modos en que estos sujetos experimentan el mundo, para así poder problematizar también los modos en que los profesionales de la salud teorizan e intentan abordar terapéuticamente a estos sujetos que, si hay algo de lo que estamos seguros, es de que sufren.

El primer recorte no se vincula directamente con Donna Williams, ella era una mera espectadora de la situación. Se trata de una niña diagnosticada con autismo que es 'estimulada' por un grupo de profesionales. Ellos cuentan con las mejores intenciones, sin embargo parten de una premisa completamente errónea: el sujeto autista estaría desconectado del mundo, no registraría nada, estaría solo. Relata Donna Williams (2012):

Yo me quedé allí de pie, sintiéndome enferma mientras ellos bombardeaban su espacio personal con sus cuerpos, su respiración, su olor, su risa, sus movimientos y su ruido. Casi maníacos, hacían sonar matracas y sacudían cosas frente a la niña (...) La niña gritó y se balanceó, sus manos tapaban sus oídos para mantener aquel ruido fuera, sus ojos permanecían cerrados para bloquear el bombardeo de ruido visual. Vi a aquella gente y deseé que conocieran el infierno sensorial que era todo aquello. (p.38)

¿Es posible hablar de soledad autista y de infierno sensorial a la vez? ¿El mundo y los otros no son registrados, no cuentan o antes bien se presentan de una manera invasiva, apabullante? ¿Se trata de soledad y de sujetos solitarios, o antes bien de un intento de huida de esa infernal presencia sensorial? El sujeto autista ¿está muy solo o con el otro muy encima?

El segundo extracto es una comunicación directa de Donna y por lo tanto me resultó mucho más sustantivo y claro. Es su propia voz la que narra lo que vive y lo que le sucede cuando, gracias a la ayuda de su doctor, del Doctor Marek, descubre que los objetos son inanimados y que para poder tener las cualidades del pensamiento y el sentimiento las cosas necesitan de un sistema nervioso central:

Cada vez que tocaba una cortina, cada vez que miraba mis zapatos, lo que me llegaba era una nueva percepción de los objetos: como muertos, sin saber, sin sentimientos, sin voluntad. Sentí mi soledad con la intensidad de la que siempre me había protegido. (...) Nada a mi alrededor era consciente de mi existencia. Ya no tenía compañía. (...) En mi habitación de objetos muertos, golpeé el suelo donde alguna vez había sido consciente de que yo caminaba sobre él. El suelo donde me había estirado, la alfombra por la que había pasado mis dedos, mi espacio especial en el centro de la habitación donde daba el sol, estaban todos muertos y siempre lo habían estado, sin que yo lo supiera. Me di cuenta de que había estado viviendo mi vida en un mundo de cadáveres de objetos. (Williams, 2012,

pp.88 y 89, el subrayado es mío)

Este pasaje del libro me resultó particularmente significativo. En él Donna Williams nos devela que siempre se había sentido en compañía, vale decir el otro estaba siempre presente para ella, al alcance de su mano y multiplicado al infinito en todos y cada uno de los objetos que la rodeaban. Lejos de encontrarse viviendo en soledad, había construido su mundo de tal manera que se le hacía imposible escaparle a la compañía. Podemos pensar que estos otros eran menos invasivos y a la vez mucho más predecibles...mucho más confiables que los humanos a quienes tanto le costaba entender y que tantas veces la habían lastimado.

Lo que se vuelve aún más interesante a los fines de este trabajo es poder detenernos a reflexionar en cuántos, profesionales y no profesionales, habrán creído ver en Donna a una mujer solitaria, morbosamente solitaria, autísticamente solitaria y de hecho 'viendo objetivamente' a esta mujer, aislada de toda presencia humana, recluida en su habitación desierta, intentando ser celosamente descriptivos habrían estado cometiendo un error garrafal.

Por otra parte también me resultaron significativos dos detalles tal vez un tanto nimios, por un lado que habla de 'su' soledad y por otro lado de que la sintió. Lo que se le volvió patente a partir de ese descubrimiento fue su sentimiento de soledad, su sentimiento de distancia y separación en relación a los otros. Sus otros, quienes la habían acompañado durante tanto tiempo ya no estaban, ya no eran, habían quedado desparramados sus cadáveres. Los otros, a quienes nunca comprendió y a quienes no había aceptado como tales, tampoco estaban allí. Se sintió sola. En esa confusión entre lo semejante y lo diferente, entre lo ajeno y lo propio, entre el ser y el no ser, cuando todo vaciló en ella y su mundo comenzaba a desmoronarse, lo que sintió Donna Williams fue su soledad. Ahora sí podía sentirse sola, ahora sí se sabía diferente y semejante a los demás, ahora sabía quiénes eran los otros. Pero ¿qué había cambiado en ella? Creo que tal vez esta pregunta desvíe un poco el eje del ensayo, aún así pienso como hipótesis que este enorme viraje, este drástico cambio en su vida ocurrió a partir de que la verdad acerca de los otros fue dicha por alguien en quien Donna podía confiar: el Doctor Marek. A partir de poner en juego algo del orden de la confianza (y por eso creo sumamente relevantes los aportes de Winnicott) ella se abrió a una verdad que la despojó del mundo que supo construir y en ese momento crítico se sintió en soledad. Durante mucho tiempo se había estado protegiendo, defendiendo, ahora quizás podía empezar a disfrutarla, tal vez ahora sí podría permitirse estar sola.

Para invitar a seguir pensando y repensando la soledad

Pienso que las dos escenas trabajadas de alguna manera contribuyen a la posibilidad de problematizar los usos del concepto de soledad. Entiendo que no es algo menor sobre todo si históricamente y aún hoy sigue siendo tan estrechamente vinculado al autismo. Si bien en los momentos iniciales de elaboración de este ensayo lejos estaba de intentar trabajar en relación a los grandes 'cuadros psicopatológicos' y más bien buscaba seguir el curso del interés que me despertaba la complejidad y ambigüedad de este concepto pensándolo siempre en el campo de la salud mental, llegué a descubrir que desmarcando a la soledad de lo patológico, se abría también la posibilidad de poner en tensión algunas certezas que se tejen en torno a los psicodiagnósticos.

Cuando lo cotidiano es encontrar discursos que nos hablan de enfermedades de la mente, trastornos o déficits a remediar a como de lugar; cuando en las escuelas y jardines de infantes circulan verdades acerca de 'los graves problemas que sufren los niños' y cuando hay ciertos saberes que creen poder anticipar, incluso a partir de indicios tan sutiles que

escapan a cualquier mirada clínica de mínima seriedad, los cuadros psicopatológicos que empiezan a delinearse de una manera morbosamente imperceptible, desde una potencialidad verdaderamente inexistente, es que se vuelve primordial, desde un plano 'profesional' o que al menos intente llegar a semejante título, volverse finamente riguroso en lo que se enuncia, en lo que se dice acerca del sufrimiento o de lo que, en caso de persistir, puede devenir en un gran problema.

En este sentido, alcanzar cierta precisión y coherencia en relación a un concepto como el de soledad entiendo que es un desafío no menor para las disciplinas que tienen algo que decir acerca de la salud mental y que podría llegar a ser provechoso para evitar o al menos contrarrestar el fervor actual por encontrar patologías por doquier. Pienso rápidamente en algunas preguntas de interés: ¿es problemático que un niño o un adulto esté solo? ¿Es problemático que disfruten de estar solos? En caso de que no siempre sea problemático ¿en qué oportunidades sí se tornaría un problema? ¿A qué nos referimos cuando decimos que alguien está solo? ¿Es lo mismo estar solo que estar aislado o retraído? ¿Es lo mismo disfrutar de estar solo que rechazar la presencia del otro, no soportarla?

La complejidad que presenta, y gracias a ella la multiplicidad de usos que esconde el concepto de soledad, me prevenían contra la precipitada tendencia a ubicar allí algo a corregir, algo de lo que tal vez era mejor alejarse. ¿Por qué resignarse a ver tan sólo una de las caras del concepto? La soledad bien podría tener garras en las que caer y al mismo tiempo ser un anhelo. Si no era posible entonces hablar de 'una' soledad, si ya la misma palabra con sus usos nos engañaba y nos imponía un esfuerzo del pensamiento, entonces se volvía imperioso tomar algunos recaudos. ¿Qué hay ahí que impide alcanzar univocidad? ¿Por qué a pesar de no haberla, la inclinación más marcada es la de reducirla a ser algo a resolver, algo a modificar? Fueron estas algunas de las preguntas que dirigieron el ensayo desde los momentos iniciales.

Las producciones en relación a este tema de Donald Winnicott y Melanie Klein fueron, debido a mi interés por el Psicoanálisis, los dos pilares teóricos sobre los que me sostuve para alejarme de esta visión sesgada y condenatoria de la soledad. Las grandes diferencias existentes entre ambas conceptualizaciones contribuyeron a preservar la ambigüedad y la complejidad de la reflexión. Mientras Klein se detiene a abordar el sentimiento de soledad, Winnicott hace lo propio con la capacidad para estar solo.

La soledad como un sentimiento imposible de ser evitado, del cual el sujeto intenta resguardarse y que lo afecta singularmente. Indudablemente prima la nota defensiva en esta visión que, aún así, señala lo infructuoso de la lucha por abstraerse de este sentimiento; lucha en la que el resultado ya está dado de antemano. Lo que de alguna manera nos enseña Klein es que la soledad puede y de hecho es sentida, y que el sujeto nada quiere saber de esto. Tan poco quiere saber de su soledad que se pone en guardia contra ella. A pesar del claro acercamiento a las concepciones más habituales de la soledad, que nos hablan de lo negativo que hay en ella, Klein la devuelve a lo cotidiano, la universaliza y al hacerlo la despatologiza, sosteniendo a su vez la importancia de considerar los modos particulares en que dicho sentimiento afecta al sujeto, siendo siempre distintos de uno a otro. La soledad está en todos, en el 'enfermo' y en el que no lo sería.

Muy distintos son los desarrollos winnicottianos en torno a la capacidad para estar solo. Nos encontramos aquí con una soledad ganada, con el logro que implica el poder estar solo. La soledad como estado y no de los que se buscarían evitar, es una adquisición valiosa que incluso da lugar en el sujeto al desarrollo de múltiples potencialidades, el despliegue de la creatividad y de la experiencia personal entre otras. El giro en Winnicott es radical en este sentido. La soledad no es carencia, no es desierto sin vida ni presenta vestigios de pesar o melancolía, muy por el contrario actúa como indicador de lo que ha podido el sujeto, algo ha logrado sostener y esto dará lugar en él, esto lo habilitará. Es por eso que me parece

conveniente pensar en una *soledad habilitante*. No sólo no ahoga, no sólo no detiene o impide, sino que hasta posibilita. La soledad, desde esta óptica, también es salud mental.

Los dos despliegues teóricos, a pesar de sus notables discrepancias, concurrían en resaltar la importancia, para poder pensar a la soledad, de un vínculo temprano en el sujeto. Se hizo entonces imprescindible presentar algunos de los aspectos salientes que se ponen en juego en la función materna para poder entrever allí algunas pistas que nos llevaran a situar al menos algo de la soledad del sujeto. Para lograr esto recurrí a dos sesgos acerca de la función materna que trabajamos en el seminario de pre-grado, por un lado el que se desprende de algunas puntualizaciones que Lacan realiza en el *Seminario 4*, y por otro lado el enfoque acerca de los cuidados maternos que presenta Winnicott.

El encuentro del cachorro humano con el Otro deseante, tal y como nos lo expone Lacan, que a su vez es confiable y empático en términos winnicottianos, dará lugar a un desencuentro necesario. La ida y la vuelta del otro, con su estar y no estar, derrumbará la ilusión oceánica en la que vive el pequeño ser en sus más tempranos momentos de vida. La ilusoria comprensión total se verá frustrada y podrán comenzar a percibirse los primeros indicios de una distancia, de una diferencia, de lo que está separado, de lo incomprendido e incomprensible. Será fundamental en este sentido el carácter oscilatorio de la función materna estableciendo coordinadamente con la criatura, momentos, tiempos y ritmos.

Esa relación con el otro significativo en momentos de inermidad total, atravesada por el grado de confianza que llega a instalarse entre ambos sujetos, por la ajenidad que consigue progresivamente establecer un corte, o al menos cierta distancia entre uno y otro, por el cariño y la falta de él, por el alimento y la falta de él, por el alivio satisfactorio y la falta de él, puede pensarse como estando en el fundamento de la soledad del ser humano, tanto Klein como Winnicott se retrotraen a estos primordiales momentos de la constitución subjetiva para pensarla. El Psicoanálisis nos permite entonces, como en otras oportunidades, encontrar una explicación acerca de cuestiones referentes a la subjetividad humana en el vínculo con el otro. Ni siquiera la soledad escapa a lo intersubjetivo. La paradójica idea de Winnicott acerca del estar solo en presencia de alguien anuncia (y nos anunciaba aunque no supiésemos verlo) claramente la importancia del otro para pensar al sujeto en soledad. No hay soledad sin otro; en la soledad el otro cuenta, se presupone.

Por otra parte conociendo ahora los cimientos sobre los cuales se sostiene la soledad en el ser humano, se vuelven más inteligibles los cursos que podrá tomar en cada quien. Las vicisitudes que afrontará el sujeto en sus encuentros-desencuentros con el y (por qué no) los otros, serán determinantes en las modalidades que halle el sujeto para vivir su soledad. Será vivida, será sentida, será padecida y será disfrutada. Será anhelo, será refugio, será un oscuro pozo y también un animal listo para atrapar a su víctima. Dependerá de lo que pueda y logre con el o los otros. Dependerá de lo que se alcance a forjar con la materia prima de la confianza, la incompreensión, la distancia, la cercanía, la ajenidad y la semejanza.

Sin pretender polemizar con quienes encuentran en la soledad un signo o síntoma del autismo, que por otra parte han dedicado buena parte de sus vidas al estudio de esta problemática severa, pienso que tal vez sea conveniente ser más precisos a nivel conceptual en el señalamiento de aquello que es 'problemático', más aún en los tiempos que corren en los que parecíamos ser todos capaces de dictaminar acerca de lo que al otro 'le pasa'. Si la soledad que atraviesa la existencia humana como tal es, sin solución de continuidad, el indicio de una enfermedad, o bien estamos todos 'enfermos' y aquejados de lo mismo por nuestra humanidad, o en realidad no decimos nada en absoluto. Quizás sea conveniente preguntarse por lo que hace el sujeto con su soledad, por los modos en que el sujeto vive su soledad.

Para darle cierta terminación a este ensayo, que no es más que un cierre formal de este escrito en tanto las preguntas acerca de la soledad continúan insistiendo en mí tanto o más que al empezar a escribir, me gustaría compartir algunas ideas que logro rescatar de

mis P.P.S. (Prácticas Profesionales Supervisadas). Las mismas tuvieron lugar a lo largo del año pasado en un Centro de Día que recibe y trabaja de manera ambulatoria durante toda la semana con jóvenes y adultos de 14 años o más con algún tipo de discapacidad.

Una de las primeras cosas que descubrí en esta institución fue la complejidad y la singularidad del 'sufrimiento humano'. A pesar de que todos, o casi todos los concurrentes traían en sus espaldas diagnósticos de autismo o psicosis, los modos de vincularse y encontrarse de cada uno con los demás eran profundamente diferentes, imposibles de asimilar.

Sumados a las dificultades de carácter subjetivo que presentaban los concurrentes, en algunos de ellos aparecían impedimentos en el cuerpo, trabas desde lo anatómico para la expresión y la manifestación. La diversidad era la nota destacable en este Centro de Día: un concurrente hablaba mucho, otro tenía dificultades en la articulación de las palabras, otra no podía caminar por una parálisis, otro corría y se escurría fugazmente de habitación en habitación haciendo uso de una destreza increíble, gritando y alborotando todo a su paso. Los mismos diagnósticos para vidas totalmente distintas. Y junto a ellos los terapeutas, especialistas en distintas disciplinas que si bien trabajaban siempre los mismos días de la semana, no sostenían una presencia diaria con los concurrentes y tenían reuniones mensuales de equipo en las que recién en esos momentos se encontraban todos para delinear un trabajo en conjunto.

Asistí a lo largo del año dos veces por semana a los mismos talleres y a los momentos libres que mediaban entre las actividades y las comidas, y así fue como pude conocer algo de la dinámica propia de una institución como ésta. Si tuviera que elegir una palabra para dar cuenta de la vida institucional me quedaría con la *incomprensión*. Desde mi lugar como practicante-residente me resultó notable la incomprensión generalizada que reinaba en el Centro de Día: de los terapeutas a los concurrentes, de los concurrentes a los terapeutas, entre los terapeutas, entre los concurrentes, mía hacia los terapeutas, de los terapeutas hacia mí, mía hacia los concurrentes y de los concurrentes hacia mí. Algo de la soledad resonaba permanentemente en el corazón mismo de ese trabajo colectivo, entre varios, al que la institución apuntaba. Era imposible no sentirlo. Un profesional intervenía de una manera particular y otro al poco rato de manera inversa. Un concurrente golpeaba a otro por haber recibido un agravio que el agresor nunca se había percatado de haber cometido. Muchas escenas se agolpan en mi memoria al pensar en esto, sin embargo voy a recuperar una que se destaca a mi entender por lo grotesca y al mismo tiempo lo peligrosa que fue. Mientras estaba un día en el taller de carpintería me percaté de que uno de los concurrentes, diagnosticado con autismo, con un mutismo muy pronunciado (jamás habló mientras hice mis prácticas) y que se caracterizaba por balancearse rítmicamente la mayor parte del tiempo, estaba más intranquilo que lo habitual. Parecía agitado, se balanceaba muy fuertemente (como sólo lo hacía cuando se encontraba nervioso o mal) y se tomaba el pecho con la mano, muy cerca del corazón. Al verlo y notar algo raro se lo hago saber al terapeuta coordinador del taller, ante lo cual me responde que era normal "a veces se pone así...después se le pasa". A pesar de no sentirme del todo seguro con su respuesta me quedé conforme. Cuando vuelvo a ir a la institución unos días después me encuentro con otros terapeutas y para mi sorpresa el joven que había estado un poco raro la vez pasada no estaba. Intrigado le pregunto a una de las terapeutas y me comenta que el mismo día en que yo lo había visto mal, por la tarde, el joven se retiró en ambulancia porque seguía agitado y no había podido ni siquiera comer. Estudios cardiológicos posteriores revelaron una arritmia importante. Más allá de pensar en cierto descuido por parte del terapeuta, esta escena me devolvía una y otra vez a ese costado de la soledad signado por la distancia, la diferencia y el anhelo de comprensión con el otro que tan claramente Klein desarrolla.

Por otra parte quisiera detenerme una vez más en la compleja relación del autismo con la soledad planteando escuetamente unas últimas ideas. En los encuentros que pude

tener con algunos jóvenes diagnosticados con autismo lo que más me sorprendía era la persistencia de ese rasgo tan característico que es la ecolalia diferida, la repetición no inmediata de un dicho escuchado con anterioridad, las más de las veces de un dicho de otro. Estando alguien cerca o no habiendo nadie alrededor del sujeto, dirigiéndose a alguien en particular o hablando al vacío podía escucharse igual el eco, esa insistencia de lo ya dicho, de lo escuchado. Me resultaban realmente increíbles los cambios en la tonalidad de la voz, incluso en la postura de algunos de los concurrentes cuando emitían estas palabras o expresiones ajenas, despojadas de sí mismo, totalmente extranjeras. Por momentos una anciana muy entrada en años o un padre severo parecían hablar desde la boca de estos jóvenes. Siendo tal vez un poco osado, la expresión más adecuada que se me ocurre para pensar en el modo de habitar su soledad es la de una *soledad invadida*. Lejos de la presencia confiable y presupuesta del otro que podemos hallar en la *soledad habilitante* que nos lega Winnicott, daría la impresión de haber aquí algo vivido de manera abrumadora, apabullante en relación al otro.

Una pregunta insiste: ¿cómo habitan sus propias soledades?

La invitación ya está hecha.

Referencias bibliográficas

- Freud, S. (1991). "La interpretación de los sueños". En *Obras completas. Volumen 5*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Freud (1992). "Introducción del narcisismo" En *Obras completas. Volumen 14*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Kanner, L. (1972). *Psiquiatría infantil*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XX.
- Klein, M. (2015). "Sobre el sentimiento de soledad". En *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1994). "La dialéctica de la frustración". En *El seminario libro 4. La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Maleval, J.C. (2018). "Los que se construyen en soledad". *Página 12*, abril 12, Suplemento Rosario 12, Sección Psicología.
- Real Academia española. (2014). *Diccionario de la Lengua española* (23.ºed.). Consultado en: <http://dle.rae.es/?id=YGkk3NL>
- Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo*. España: N.E.ED.
- Winnicott, D.W. (1993). "La capacidad para estar solo". En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Winnicott, D.W. (2005). *Realidad y juego*. Barcelona, España: Gedisa.